

Colonialismo, dignidad y memoria: la reivindicación akan frente al silencio británico

Rodríguez Cuatianquiz Elisa Marisol

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales



El legado del colonialismo en África Occidental no pertenece únicamente al pasado. Persiste como una herida ética y política que se reactualiza cada vez que las antiguas potencias imperiales rehúsan asumir responsabilidad moral por sus crímenes históricos. La negativa del rey Carlos III a emitir una disculpa formal durante su visita a Kenia en 2023, así como la continuidad de intervenciones europeas en el Sahel bajo discursos de seguridad y lucha antiterrorista, revelan que la lógica colonial no ha desaparecido: se ha transformado.

Más que un episodio histórico cerrado, el colonialismo fue un proyecto de anulación ontológica, no se limitó al control económico o territorial:

Implicó la negación sistemática de la racionalidad, la humanidad y la contemporaneidad de los pueblos africanos. Frente a esa negación, la filosofía akan, particularmente en la obra de Kwame Gyekye, emerge como una forma de resistencia intelectual que cuestiona la base misma sobre la cual se construyó la legitimación colonial.

El mito del progreso y la negación de la simultaneidad humana

Uno de los pilares ideológicos del colonialismo fue el mito del progreso lineal: la idea de que la historia avanza en una sola dirección y que Europa representa su culminación. Bajo este esquema, África fue relegada al “pasado de la humanidad”, concebida como una etapa previa en la evolución civilizatoria.

Este no fue simplemente un error historiográfico. Fue una operación ontológica. Si África pertenece al pasado, sus pueblos dejan de ser contemporáneos plenos y se convierten en objetos de estudio, intervención o tutela. La racionalidad occidental se erige entonces como sinónimo de racionalidad universal, mientras que las formas africanas de pensamiento son reducidas a costumbres, rituales o tradiciones sin sistematicidad filosófica.

Esta descalificación permitió justificar la llamada “misión civilizadora”, ocultando tras ella el expolio económico y la subordinación política. El déficit epistémico de Occidente no consiste en desconocer los hechos, sino en negar la validez de otras formas de razón.

El caso del Estado Asante, en la actual Ghana, desmonta con claridad la narrativa colonial de sociedades sin orden ni institucionalidad. Lejos del supuesto caos que describía el discurso británico, los asante desarrollaron un sistema político centralizado, con mecanismos de consulta y contrapesos.

El Asantehene ejercía autoridad suprema, pero su poder estaba limitado por consejos y estructuras de deliberación. La organización en clanes y liderazgos regionales mostraba una arquitectura política sofisticada. Existía derecho consuetudinario, procedimientos jurídicos definidos y principios de legitimidad compartida.

Reconocer esta complejidad obliga a cuestionar qué entendemos por “civilización”. Modelos equivalentes a formas constitucionales o deliberativas no eran monopolio europeo; simplemente adoptaban expresiones distintas.